

VaRiA

invención

Un anillo

Alfonso Alvarado López / Facultad de Comercio y Administración

Se vistió con traje claro a cuadros, adecuado para su trabajo, a donde minutos más tarde se dirigiría.

—¿Qué día es hoy?

—Martes, pero martes qué, ¿doce?

—No, once, sí, eso es, martes once, ya me queda poco dinero, preguntaba y contestábase a sí mismo.

En la esquina miraba su reloj; era tarde y el autobús no llegaba. ¿Tomar taxi? imposible, fin de quincena.

Abordó el camión en marcha y pagó con el billete de más baja denominación. No había asientos, miró en derredor y notó que una mujer sentada junto a una ventanilla lo miraba fijamente. No pudo dejar de voltear.

De pie la miraba embelesado, observaba su cabello, su frente, sus ojos, su pecho, su color, toda ella.

Ella, en silencio, con un bolso sobre sus piernas, continuaba mirándolo.

—¿Cómo hablarle?, necesito hablarle, cuando se baje algo le diré, no importa, que lo haga después que yo, la seguiré hasta donde vaya; después en la oficina a ver qué digo, pero yo la sigo, ¡qué mujer!, qué modo de mirar; ¿señorita?, no; ¿buenos días?, no; buenos días, mi nombre es..., no, qué le diré; qué le diré...

Y callados proseguían mirándose.

—A pesar de tanto tiempo nunca me había sentido así, tan emocionada, tengo miedo; ojalá que esta niña se baje pronto para que él se siente a mi lado y me hable, quiero oírlo, Dios mío, estoy temblando, dame fuerzas, aún me mira, ¿por qué tenía que ser hasta ahora?, oh Dios, Señor, ¿por qué hasta ahora?, tengo que ser fuerte.

Titubeando, pero haciéndolo notar, deslizó su mano izquierda sobre su bolso, extendida, temblorosa.

Él la observa, qué bello contraste, bolso negro, alba mano, qué dedos tan finos, qué dedos, ¡qué dedos!, ... dedos, de... do, de... do.

Ahora se da cuenta por qué parpadeaba rápidamente en inútil intento por no llorar.

Antes de bajar la miró por última vez. Enjugándose las lágrimas y sonriendo con tristeza, sin decirse adiós se despidieron.

Iba a llegar tarde a su trabajo.